

las protestas de Juan Chastel de que en nada habia sido inspirado por ningun miembro de la compañía, y eso hasta el último suspiro y en medio de los mayores tormentos, estos religiosos fueron desterrados del territorio francés por el parlamento, cuya mayoría, segun el presidente Thou, era *huguenota*. Despues de su destierro no habia cesado de representar al rey que este injusto rigor contra una sociedad que tan bien habia merecido de la Iglesia no podia regocijar sino á los enemigos de la religion, ó á algunos católicos apasionados contra ella. Expresaba el papa esta afliccion al cardenal de Ossat, encargado de negocios de Francia en Roma, en todas las audiencias que le daba. Así es que el cardenal mismo deseaba impacientemente la reintegracion de una orden religiosa víctima del odio de los calvinistas. Enrique IV no tardó en realizar los deseos del papa y de su embajador. Volvió á llamar á los Jesuitas y les dió la direccion de un colegio que acababa de fundar en La Flecha. « Yo los juzgo, decia, mas capaces que nadie » para instruir la juventud (1604). » Y desde entonces no cesó de darles pruebas de su real benevolencia. Clemente VIII sobrevivió poco á este acto tan lisonjero; y murió el 3 de marzo de 1605, despues de un reinado glorioso para la Iglesia.

§ VII. PONTIFICADO DE LEON XI (1.º de abril-27 de 1605).

26. Clemente VIII habia predicho al cardenal Alejandro Octaviano de Médicis que seria su sucesor: este cardenal, legado en Francia en malos tiempos, se habia conducido con gran felicidad y prudencia en medio de las revueltas que agitaban al reino. Elegido papa el 1.º de abril de 1605, tomó el nombre de Leon XI; y era pariente cercano de la reina de Francia. Las cartas en que Duperron anunciaba esta eleccion á Enrique IV estaban llenas de la mas festiva expansion; y se celebró en Francia este advenimiento con fiestas públicas. Pero Leon no hizo sino aparecer en el trono pontifical; murió en veintisiete del mismo mes de abril en que habia sido elegido, con sentimiento de todos cuantos le conocieron.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO V (16 de mayo de 1605-21 de enero de 1621).

1. Estado de Europa al advenimiento de Paulo V. — 2. Persecucion del emperador Taicosama y sus sucesores en el Japon. — 3. Misiones en la China. El Padre Ricci. — 4. América. Santo Toribio, arzobispo de Lima. Santa Rosa de Lima. — 5. Reducciones del Paraguay. Sucesos de Venecia. — 6. Conspiracion de la pólvora en Londres bajo el rey Jaime I. — 7. Progresos de la religion católica en Europa en el pontificado de Paulo V. — 8. Enrique IV. Su celo por la fe católica. Su muerte. — 9. Muerte de Paulo V.

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO XV (9 de febrero de 1621-8 de julio de 1623).

10. Eleccion de Gregorio XV. Congregacion de la Propaganda. — 11. Jesuitas echados de Holanda y llamados á dirigir la Universidad de Praga por el emperador Fernando II. — 12. Biblioteca palatina reunida á la del Vaticano por Gregorio XV. — 13. Reforma de las órdenes regulares en Francia. Muerte de Gregorio XV. — 14. Santos personajes y obras pias del principio del siglo XVII. — 15. San Francisco de Sales.

§ III. PONTIFICADO DE URBANO VIII (6 de agosto de 1623-29 de junio de 1644).

16. Eleccion de Urbano VIII. Estado de la Europa á su advenimiento. — 17. Guerra de treinta años. — 18. Guerra de Italia. — 19. Toma de La Rochela. — 20. Devolucion del ducado de Urbino á la Santa Sede. — 21. Jansenio. — 22. Su obra intitulada: *Augustinus*. Las cinco proposiciones erróneas que de dicha obra sacó el doctor Cornet, síndico de la Facultad de teología de París. — 23. El abate San Ciran. Urbano VIII interdice la lectura del *Augustinus*. La Universidad de Lovaina se niega á someterse al juicio del papa. — 24. Condenacion del *Augustinus* por la bula *In Eminentissimi*. — 25. Muerte de Urbano VIII. — 26. Santos personajes, y santas fundaciones de su pontificado.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO V (16 de mayo de 1605-21 de enero de 1621).

1. El cardenal Camilo Borghese, elegido papa el 16 de mayo de 1605, tomó el nombre de Paulo V. El nuevo pontífice solo tenia cincuenta y tres años de edad: era diestro en el manejo de los negocios, en que habia adquirido grande experiencia pasando por todos los cargos. Profundamente versado en las materias del derecho canónico, se habia formado ideas muy elevadas de

la mision reservada al pontificado. Con incorruptibles costumbres juntaba una grande mansedumbre y afabilidad. En el momento en que tomaba el timon de la Iglesia, ocupaba el trono imperial Rodolfo II, sucesor de Maximiliano. Reinaba Enrique IV en Francia, donde con el edicto de Nantes, que concedia á los calvinistas libertad de conciencia y varias plazas de seguridad, acababa de extinguir las últimos restos de las guerras civiles. La sobrada famosa Isabel, reina de Inglaterra, habia muerto en 1603, dejando la corona á Jaime I, rey de Escocia, á quien inclinaban al catolicismo su educacion y afecto particular, pero que se halló obligado por circunstancias desgraciadas á permanecer en la línea protestante inaugurada por la hija de Enrique VIII. Felipe III habia sucedido en el trono de España, en 1598, á su padre Felipe II, que habia muerto poco despues del tratado de Vervins que pacificaba la Francia y España. Los reinos del Norte estaban gobernados por principes cismáticos. Continuaba pues sus estragos la division inaugurada en Europa por la reforma de Lutero, y las generaciones separadas de la autoridad de la Iglesia iban marchando por sendas sembradas de escollos y borrascas.

2. La sangre cristiana iba á fecundar playas hasta entonces cerradas al Evangelio. El Japon, á donde habia llevado la fe católica el celo de los misioneros, habia visto prosperar la buena semilla de la palabra de Dios bajo la direccion de los obreros evangélicos. La religion hacia allí continuos progresos. Una embajada de principes japoneses convertidos habia asistido en Roma á la entronizacion de Gregorio XIII y habia llevado para su país la bendicion pontifical. Parecia que hubiese querido el Señor compensar con ventajas lejanas las pérdidas que la Iglesia habia experimentado en Europa; pero el emperador Taicosama promovió una cruel persecucion que duró treinta y seis años. Comenzó por el encarcelamiento de nueve religiosos: tres jesuitas y seis franciscanos, que derramaron su sangre en la misma tierra á donde habian llevado el Evangelio. Las cristiandades japonesas contaron por millares sus mártires. Los sucesores de Taicosama, excitados por los nave-

gantes holandeses, todos protestantes, siguieron respecto de los católicos esta cruel política. Finalmente en 1614 el emperador Quixasu desterró á todos los misioneros, hizo arrasar las iglesias, y mandó á todos los fieles del Japon que apostatasen so pena de muerte. Una emigracion de mas de mil cristianos se fué á las Filipinas por sustraerse á una muerte bárbara. Los desiertos se poblaron de una muchedumbre de confesores que renovaban las austeridades de la Nitria y la Tebáida. Pero tanto valor y perseverancia quedaron frustrados por las intrigas de la Holanda é Inglaterra, cuyos bajeles mantenian frecuente comercio con el Japon.

3. Entretanto la Providencia abria á los misioneros las puertas de la China. El Padre Mateo de Ricci, de la compañía de Jesús, penetró, el primero, en este imperio cuyos usos y costumbres le separaban del resto del mundo. Admitido en 1600 á la corte del emperador con algunos otros jesuitas, obtuvo la gracia de predicar el Evangelio. Llamó en socorro de la religion á las artes y ciencias, picando con esto la curiosidad de los Chinos. En poco tiempo habia adquirido el nombre del Padre Ricci (1) tal celebridad, que los Chinos le comparaban á Confucio, gozando de grande autoridad y de gloria. Sin duda alguna lo que solo ambicionaba era arraigar en toda la extension del imperio una obra comenzada con tantos trabajos. Pudo establecer un noviciado en Pekin: recibió en él á los jóvenes chinos, los moralizaba, y los dedicaba al estudio de las bellas letras y de las matemáticas. Y como si no bastaran tantos trabajos, á pesar de su vejez escribia los acontecimientos que pasaban entonces: recibia continuamente á los mandarines y personajes, á quienes atraia por amor á la ciencia, á veces por curiosidad. A mas de esto, el P. Ricci compuso en lengua china obras de moral religiosa, y tratados de geometria; y explicaba á sus discípulos los seis primeros libros de Euclides.

(1) El P. Ricci tomó en lengua china el nombre de *Li*, representando la primera sílaba de su apellido, de la sola manera con que la podian pronunciar los Chinos, y su nombre de pila (Mateo) con los monosílabos *Ma-teou*. A ejemplo de él todos los demás misioneros tomaron nombres chinos, formados bajo el mismo sistema.

La muerte le sorprendió en medio de estos trabajos, y espiró el 11 de mayo de 1610, á la edad de cincuenta y ocho años, dejando entre los Chinos una honrosa memoria que aun dura, y á los Jesuitas un modelo de virtudes, de ciencia, de prudencia y firmeza. Este inesperado fallecimiento expuso á crueles vicisitudes el bien que tanto habia costado preparar á Ricci. En 1617 se levantó contra los misioneros una persecucion cruel: se les azotó, encarceló, desterró y en fin se les arrojó sobre las orillas de Macao. Tres años despues, en 1620, el emperador Van-Lié, que habia sido el perseguidor, murió al mismo tiempo en que Thien-Min, rey de los Tártaros, invadia sus Estados, destrozaba sus ejércitos y sacaba á los Chinos de aquella inmovilidad tradicional que parecia ser para ellos la única condicion de su existencia. Tien-Ki, sucesor de Van-Lié, tomó medidas para oponerse á los progresos de los Tártaros. Los mandarines cristianos le aconsejaban dirigirse á los Portugueses pidiéndoles oficiales para que el ejército fuese mejor dirigido. « Pero, añadieron, los Portugueses no darán su curso á menos que los Jesuitas, ignominiosamente expulsados, hallen justicia ante el emperador. » Tien-Ki anuló el edicto de destierro contra los Padres á quienes restableció. Entonces fué cuando el Padre Adam Schall de Bell, nacido en Colonia, llegó á la China. Matemático profundo y astrónomo sabio, marchó por las huellas del Padre Ricci, y alcanzó, como él, el título de hombre universal. Encargado por el emperador de corregir el calendario, el jesuita se aprovechó de esta confianza para suprimir los dias fastos y nefastos, como manchados de supersticion, y para dar mas ensanche al cristianismo. En Singa-Fou habia decidido á los paganos á construir una iglesia. En Pekin pudo alcanzar otro decreto del emperador permitiendo á los Jesuitas predicasen el Evangelio en todos sus Estados. Solo destinaba á esta mision hombres escogidos, porque era necesario heroismo para llenarla. No habiendo sido explorados aun aquellos parajes del mar por los navegantes, acontecian muchos naufragios. Así es que el Padre Diaz, español, al pedir veinte misioneros por año al general de la compañía,

decia: « Es milagro que todos puedan llegar vivos á Macao; y » es muy frecuente el que mueran la mitad en el camino. Para » que lleguen diez aquí, es necesario que salgan veinte de Europa. »

4. La América veia prosperar tambien los esfuerzos de los misioneros. En la isla de Cuba, en Méjico y en el Perú habia ya una jerarquía constituida canónicamente. El arzobispado de Lima estaba entonces gobernado por santo Toribio [de Mogrovejo], otro san Carlos Borromeo del Nuevo Mundo. Durante su pontificado de veintiseis años, santo Toribio celebró tres concilios provinciales con todos los obispos de la América meridional, y catorce sínodos diocesanos con los principales eclesiásticos de su arzobispado. Estos concilios y sínodos del Nuevo Mundo pueden servir de modelo al antiguo. Santo Toribio se propuso aplicar á su clero y pueblo las medidas saludables del concilio Tridentino: y fundó seminarios donde los jóvenes americanos fueron muy pronto el semillero del clero indigena. En tanto que el piadoso arzobispo trabajaba tanto para gloria de Dios y salvacion de las almas, santa Rosa de Lima edificaba á su patria con el espectáculo de las mas sublimes virtudes, y por su angélica pureza merecia que mas tarde le tributase toda la Iglesia los honores de un culto público (1).

(1) Sin mencionar muchos otros concilios provinciales y sinodales celebrados en las Américas é islas Filipinas despues del concilio Tridentino, y aun en las primeras antes de este, no podemos menos de fijar la atencion de los lectores sobre el célebre concilio III provincial de Méjico, en 1585. Está distribuido como el Cuerpo de derecho canónico en cinco libros, cada libro en títulos, y cada título en capítulos. Es la verdadera jurisprudencia canónica de Nueva España. Fué confirmado por la Santa Sede, y sancionado, para los efectos civiles, por el rey de España. Se publicaron al mismo tiempo los estatutos ordenados por el mismo concilio Mejicano III provincial, para la disciplina de la santa Iglesia mejicana, relativamente á los officios divinos, á los cabildos y á las ceremonias eclesiásticas. Al recorrer estos preciosos documentos se ve el eminente espíritu de piedad, de celo, de caridad y de ciencia que animaba á los Padres del dicho concilio. Sobre todo es dignísimo de notar el cuidado tan paternal con que miran los intereses de los Indios, cuyo honor, libertad y hacienda se garantizan bajo las mas severas penas. En todas las diócesis del Nuevo Mundo, así como en las Indias orientales, se celebran sínodos provinciales. Por desgracia, pocos se han dado á luz; por lo cual es raro el encontrarse impresos, por un descuido fatal en no imprimir los fastos de aquellas iglesias. (El Traductor.)

5. La América ofrecía entonces un espectáculo digno de fijar la atención de la historia: por do quiera se veían colonias enteras de salvajes transformadas en un pueblo de santos. [Por desgracia la codicia de los Europeos y de los Españoles dueños de aquellas comarcas abusaba de la docilidad nativa de los Indios; y les hacían trabajar como esclavos en las minas, con menosprecio de las ordenanzas reales que protegían la libertad de los Indios, y de los decretos de los concilios americanos que trataban de garantir su moralidad é instruccion con penas severas.] Por fortuna al pié de las cordilleras de los Andes, hácia el lado que mira al Atlántico, entre el Orinoco y la Plata habia un país dilatado lleno de salvajes á donde no habia penetrado, ó al menos hecho posesion, la codicia europea. En estas inmensas selvas trataron los misioneros de formar una república cristiana y dar siquiera á un pequeño número de Indios la felicidad posible. Los salvajes que se hallaron en estas guaridas parecían los menos á propósito para recibir la palabra evangélica. Llegados á Buenos Aires los Jesuitas, ya avezados á misiones peligrosas y penosísimas, subieron el rio de la Plata, y al entrar en las aguas del Paraguay se dispersaron por los bosques. Las historias antiguas nos los representan con un breviario bajo el brazo izquierdo, una gran cruz en la mano derecha, sin otras provisiones que su fe y confianza en Dios. Nos los representan abriéndose camino al través de las espesuras de las salvas, pasando por terrenos cenagosos y con agua á veces hasta medio cuerpo, trepando rocas escarpadas, penetrando en las cavernas, en hondos precipicios, con riesgo de hallar, mas de una vez, serpientes y fieras en lugar de hombres que buscaban. Muchos de ellos morían de hambre y cansancio, otros fueron matados y devorados por los mismos salvajes. La primera tribu ó familia india que se juntó á la voz de los Jesuitas fué la de los *Guaranos*. Estos compusieron una aldea bajo la direccion de los Padres Mareta y Cataldino, cuyos nombres es justo conservar entre los bienhechores de los hombres. Esta aldea se llamó *Loreto*; y luego despues á medida que se iban levantando iglesias de Indios, fueron comprendi-

das en el nombre general de *Reducciones*. En pocos años se contaron hasta treinta, y formaron entre sí aquella *república evangélica* á cuya perfeccion no llegó ningún gobierno antiguo ni moderno. Cada aldea estaba gobernada por dos misioneros que dirigían sus negocios temporales y espirituales. Se abrieron escuelas públicas en cada una de ellas para educacion é instruccion de los niños. Segun su particular aptitud, los jóvenes eran distribuidos en uno de los talleres de la *Reduccion* para aprender artes útiles. Los que preferían la agricultura eran alistados en la tribu de los labradores, y los que conservaban aun resabios de su primitiva vida vagabunda iban errantes con los rebaños. — No habia mercados públicos en las aldeas: en ciertos dias fijos se daban á cada familia las cosas necesarias para la vida. La tierra estaba dividida en muchos lotes ó suertes, y cada familia cultivaba uno para sus necesidades. Habia además un campo público llamado la *Posesion de Dios*. Los frutos de estas tierras comunales estaban destinados á suplir en las malas cosechas, á mantener las viudas, huérfanos y enfermos. Un *cacique* ó caudillo de guerra, un *corregidor* para la administracion de la justicia, y *alcaldes* con *regidores* para la policía y trabajos públicos, formaban el cuerpo militar, civil y político de las *Reducciones* (1). En caso de quebrantar las leyes, la primera falta era castigada con una reprension severa, mas secreta, de los misioneros; la segunda, con una penitencia pública á la puerta de la iglesia, como en la primitiva época del cristianismo; la tercera era castigada con pena de azotes. Pero durante siglo y medio que ha durado esta república, apenas si un solo indio ha merecido este último castigo. « Todas sus faltas, dice el P. Charlevoix, son faltas de chicos; y lo son en muchas cosas toda su vida, y por otra parte » tienen todas las buenas cualidades de la niñez (2). » Muratori

(1) Esta descripción, como se ve, no es sino la aplicación del antiguo sistema municipal de España; el cual sin duda alguna sirvió de modelo á aquellos santos misioneros, casi todos españoles. (El Traductor.)

(2) « Señor, escribía á Felipe V el obispo de Buenos Aires, en esas numerosas colonias, compuestas de Indios inclinados naturalmente á todas las suertes de